

LA PERSONALIDAD DE DON PEDRO FONT Y PUIG

INTRODUCCIÓN

Esbozar, aunque sea ligeramente, la dimensión histórica de este hombre resulta no poco difícil para quienes, además de discípulos y amigos, nos incumbe la responsabilidad de haber sido sus íntimos. Por un lado, es el peso sentimental de los recuerdos del amigo que se agolpan en la mente. Por otro, el estremecimiento que sentimos al tomar la pluma para escribir sobre el maestro. Y, antes que todo, el contraste que presenta la falta de perspectivas temporales, a causa de su reciente pérdida, con la amplitud de las que se abren fecundas en cuanto al espacio amplísimo del mundo espiritual de Font y Puig, difíciles de abarcar de un solo golpe de vista y menos de reducir a una síntesis escueta.

Con todo, a pesar de las dificultades aludidas, juzgamos que la emoción que nos acompaña al abrir el tema puede sernos útil para profundizar en aquellas notas de riqueza interior que más afectan a la esencia de su carácter y de su destino. Porque, aunque quizá sorprenda a los que sólo conocen a Font bajo una mera apariencia estoica, hemos de dejar bien sentado desde un principio, que la trabazón de su ser y de sus actividades de hombre radica en la afectividad. Sin duda en él lo afectivo es lo más efectivo que existe. Poderosa causa que nos induce a creer que no andamos muy descaminados cuando, en este ensayo, pretendemos filtrar nuestro raciocinio a la luz pascaliana de la lógica del corazón.

Si contásemos con tiempo bastante, nuestro deseo sería adentrarnos en el estudio de Font, siguiendo la pauta por él trazada para el conocimiento del hombre en sus magistrales lecciones. Nos gustaría definir cuál es la esencia de su personalidad y responder a las grandes interrogaciones que suscita esta problemática en su caso concreto.

¿A partir de qué edad se definen las constantes de su carácter?

¿Qué sentido toma el ser humano en la naturaleza, en el espíritu y en la cultura de Font, y bajo el influjo de la gracia sobrenatural que a él le fué comunicada?

¿Cuáles son sus ideales de vida?

¿Cómo se sitúa ante lo trascendente?

A modo de general perspectiva damos a continuación un esquema de los puntos a tratar: Observaremos primero su naturaleza exterior, para adentrarnos seguidamente en los recodos espirituales de su alma. Haremos hincapié en las preferencias íntimas de Font. Por último, nos asomaremos a su lecho de dolor, en el que vemos desarrollarse el drama de una agonía lenta, y la «caña pensante», que es Font, se sitúa ante el sufrimiento, divinizándolo, y ante la muerte, superándola con sus ardientes anhelos de visión beatífica.

Toda la vida de Font se resume, de un modo natural y sincero, a lo largo de su cruenta enfermedad y en la cumbre de su tránsito, donde nos da testimonio de la típica postura del hombre cristiano, que se considera miembro del orden salido de Dios, que con la muerte a Él retorna de un modo definitivo e inmortal.

CONSTITUCIÓN Y CARÁCTER.

Mirado en función de su totalidad, no es fácil que nadie se atreva a adscribir a Font y Puig ningún biotipo puro, debido a sus condiciones de hombre completo—y complejo—, sumamente equilibrado y además rico en vivencias. Es Font un producto del poder selectivo de largas generaciones, una flor de cultura, un síntoma alentador de las reservas espirituales que duermen en los estratos humildes de la sociedad, de cuyo seno surgió. Por esto se comprende que un cuerpo con órganos tan delicados y sensibles, y una mente tan organizada, no puedan reducirse a un sólo rasgo ni a un tipo caractereológico patrón, obtenido del resultado estadístico de los valores medios.

Si desglosamos, con todo, la parte somática, al amparo de la tipología de E. Kretschmer, sin duda presenta Font los rasgos morfológicos del leptosomo, los cuales le caracterizan por su aspecto nervudo y delgado, huesos finos, sensibilidad interna, diferenciada y atenta, y prematuro envejecimiento. Estos signos son constantes en él a partir de la infancia.

Lo que resulta curioso comprobar es que un hábito corporal asténico, tan definido, no concuerde con la inclinación esquizoide que le corresponde en virtud de la ley matemática de la curva de frecuencia. Y es aquí donde surgen, no el eclecticismo de nuestro biografiado, como quizá diría alguien en tono despectivo, sino las raíces profundas—biológicas—de su innato y maravilloso poder de síntesis, de su sentido integrador, de su *seny* racial, al participar en perfecta armonía de las tendencias temperamentales psíquicas, al parecer opuestas, del esquizotímico (serio, grave, hierático, original, profundo, contemplativo) y del ciclotímico (sociable, ceremonioso, tierno, sentimental, abierto, comunicativo, elocuente).

Lo mismo pasa si le encaramos con los tipos psicológicos de C. G. Jung, donde vemos mantiene también una actitud ambivalente entre la dispo-

sición introvertida del pensador y la disposición extravertida del hombre de acción. Renunciamos a seguir el examen con las clasificaciones de R. Jaensch, K. Jaspers, E. Spranger y otros.

Esta bipolaridad de actitudes, elevada—de un modo involuntario e inconsciente, si se quiere—por la naturaleza de Font a una unidad superior, creemos que constituye la forma estructural de su carácter.

Es decir, que en la dirección predominante de la voluntad de Font advertimos, primero, un proceso continuo de selección espiritual por el que elimina las actitudes inadecuadas, de acuerdo con una norma ética, y después, una tendencia purificadora y tenaz hacia la unidad, o sea, hacia la construcción sistemática de grandes esquemas.

Ahí se explican su claridad lógica, su metódico desarrollo, su conciencia de afinidad, su virtud, firmeza de ánimo, amor a la verdad y a la belleza y elegancia espiritual.

Tales disposiciones de la voluntad son las que constituyen el marco de nuestro doctor Font, con la riqueza de matices de su alma, abierta siempre a todos los sentimientos humanos, y la aparente contradicción de cualidades que suele ser propia del hombre superior: humilde y sabio, sereno y amable, cerebral y afectivo—paradójica síntesis—, lo mismo capaz para las altas lucubraciones metafísicas que para la comprensión sensible de los problemas del alma.

IDEALES DE VIDA.

Sin rehuir el nexo que el tema guarda con la postura que Font y Puig pueda adoptar ante el valor y su jerárquica estimativa, tomamos aquí la voz «ideal» como sinónima de arquetipo o norma que nos impulsa a la realización de lo perfecto.

De iniciar el examen por las tendencias instintivas, señalaremos en Font un desarrollo extraordinario y exquisito del sentido de paternidad, lo cual le hace notoriamente apto para la función docente y, a la vez, solícito con los humildes, los niños y los débiles.

En un plano superior, aunando lo paternal con la tendencia a la agrupación, veremos cómo Font se siente solidario de la humanidad entera, y se muestra estrenuo defensor de la dignidad de la persona y de sus derechos fundamentales. Nos recuerda también con su conducta los deberes del hombre, entre los que le gusta particularmente subrayar los de ser recto, sincero, tolerante, servicial, deseoso del propio perfeccionamiento y ecuánime ante el mérito de los adversarios. Por esta razón fué siempre enemigo de toda violencia e iniquidad, no abdicó nunca de sus creencias y evitaba causar la menor molestia, incluso a los subordinados.

Andemos otro paso, en el camino ascendente que nos hemos propuesto para deslindar los círculos que rodean el «yo» de Font, en forma de tipos idealizados, según el sentir de Spranger, y, de modo análogo a lo que sucede con la determinación del carácter, tampoco hallamos aquí manera

de decidir sobre cuál es el valor dominante o la forma de vida que, a guisa de esquema normativo, alinea su conducta. El equilibrio que mantiene entre los valores clásicos (lógicos, económicos, ético-religiosos y estéticos) es tan absoluto, que sólo apoyados en su posición filosófica y en la antes aludida actitud unificadora y compensada, venimos a descubrir que el verdadero supertipo que integra la síntesis del hombre perfecto, según la mente de Font, es el humanista.

Ideológicamente hemos de situar a Font dentro del espiritualismo catalán, de base psicológica e intensamente enraizado en las ciencias y la experimentación. Ved ahí la causa de su simpatía por Juan Luis Vives.

Asimismo, a la mitad de sus años, sin ceder ni un ápice de su humana comprensión y respeto hacia las convicciones ajenas, Font adopta una actitud apologética y moralizadora, que trasciende a la sociedad. Así se explica su devoción a Santo Tomás Moro, a quien admira por su sistemática moral del Estado y, principalmente, por su tolerancia y firmeza, las dos actitudes que mayor desarrollo encuentran en el sentido totalizador del maestro.

Vives y Moro simbolizan para Font y Puig no sólo los ideales de vida humanísticos del Renacimiento, que él estima, sino también las dos posturas valorativas concretas que adopta con preferencia, a saber: la del conocimiento objetivo (valor lógico) y la del bien moral (valor ético).

Font aspira a realizar en sí la estilizada figura del humanista cristiano, la cual resume, en cierta manera, el contenido y la forma de obrar que le son características. Bajo este ángulo, sus líneas principales son: Primacía del hombre y formación integral de su naturaleza; humanización del saber humano; revisión del pensamiento científico a la luz de la *experientia vitae*; amor a la antigüedad clásica; mentalidad flexible, independiente y abierta.

Y, en efecto, así vemos cómo Font se apoya en lo humano para dar el salto hacia lo trascendente. Cómo bajo formas oratorias arcaicas reverdece la savia de un pensamiento nuevo. Cómo mantiene la plasticidad mental y la avidez de aprender y estar informado hasta los últimos instantes de su vida. De veras se puede decir que su corazón murió en plena juventud.

SU ACTITUD ANTE EL DOLOR Y LA MUERTE.

Por ser la muerte el acto más sincero de la vida y el que nos abre su hondo sentido, veamos cómo Font y Puig, hombre de carne y hueso, nos ofrece a través de su inmólación y de los padecimientos que la precedieron, la imagen auténtica de sus flaquezas y de sus virtudes.

La consideración del dolor y la muerte a modo de esquema de vida, es un tema viejo en la historia, que aquí nos trae de la mano a esclarecer la duda del senequismo que algunos atribuyen a Font y que nosotros no creemos exista en él como posición filosófica ni en forma de actitud per-

sonal en el sentido de buscar el consuelo de sus males en una resignación puramente humana.

Es verdad que alcanzó un dominio de sí mismo tan extraordinario que impresionaba verle sereno en momentos de agobio, de tribulación e incluso en las grandes desgracias. Todo el mundo recuerda el sosiego con que aceptó la pérdida, en un año, de los tres familiares que integraban su hogar, entre los que se contaba su amada y todavía joven esposa, fallecida repentinamente. Entonces, su cristiana entereza pudo dar pie a pensar, a quienes desconocían los afectos de su corazón, que nuestro filósofo se refugiaba en una postura estoica, cuando el verdadero alcance de aquella calma está en su plena sumisión a los designios de Dios.

Mediante la fuerza del acto de la voluntad, aplicado al vencimiento de las pasiones, se asoma Font a las cimas de la quietud del alma (*apatheia*) que alcanzan los ascetas en la primera fase de su vida mística. La magnitud de su querer es tal, que al principio de la enfermedad, domina el dolor con sólo dirigir el impulso apetitivo hacia valores deseados (ya que siempre rehusó tomar calmantes heroicos) y, muy avanzada la dolencia, llega todavía hasta el límite de someter los movimientos de expresión. Más aún, por dicha vía, logra invertir estas reacciones espontáneas, en las que apenas interviene la voluntad, haciendo que, a pesar de los efectos destructivos del sufrimiento, su cuerpo intensamente contraído adquiriera ademanes amables cada vez que una visita de cumplido entra en su habitación. Era de ver, en estos casos, cómo bajo el imperio de la voluntad, las arrugas de su frente se disipaban, los labios crispados adquirían blandura y las inspiraciones convulsivas, previas al sollozo, se transformaban en una sonrisa agradable. Ved ahí una muestra de atletismo espiritual, sumamente valiosa por tratarse de un hombre cansado, enfermo, semi-ciego y viejo.

Entrenado como estaba para la lucha, mediante el ejercicio tenaz de su intensa vida intelectual, la divina Providencia le escogió para someterle a una ascesis purificadora terrible y darle ocasión de coronar su vida con aureola de martirio.

Dios le quiso en sus dolores. Le había dado grandes muestras de amor al dotarle de inteligencia privilegiada y sensibilidad finísima para el placer y para el sufrimiento, cualidades que nos señalan, de paso, la proporción excepcional que debieron tener sus tormentos. Y, finalmente, al llegar al término de su vida, le emplazó con una muerte digna de su temple.

Y Font acudió a la cita inevitable con fidelidad y prontitud. Quizá no llegara a adivinar cuál era la naturaleza de su afección, pero sí supo muy presto que de ella había de morir y que tan pronto percibió los primeros síntomas, se hallaba dando aldabonazos en las puertas de la eternidad.

Desde el fondo de la miseria de su barro, ora y se une, mediante el suplicio de sus punzantes dolores, a los padecimientos del Cuerpo Místico, con el deseo de completar en su macerada flaqueza la Pasión del Señor, según el sentir de San Pablo. Admira ver como por mucho tiempo, la intensidad de las torturas no le impide trabajar, y así redacta varios artícu-

los y ensayos y corrige sus obras inéditas. Pasa meses seguidos alternando, día y noche entre el dolor sordo que le consume y las punzadas agudas, lacerantes, enloquecedoras, que le aplastan. Hallándose en este estado, jamás descuida sus prácticas de piedad, que se distinguen por su sentido litúrgico y extraordinaria elevación teológica.

No llega a poseer la rara virtud de desear el dolor con alegría—se lo veda quizá su postura de completo abandono en la Providencia—, pero sí su aceptación confiada, su deseo de colaborar místicamente al sacrificio expiatorio de Cristo y el decidido propósito de rehuir auxilios y atenuantes lícitos. Tampoco le embarga la tristeza, por la misma causa y porque no siente descontento de sí mismo ni frustración alguna respecto de la finalidad del sufrimiento ni del término que le espera tras la disolución de su morada terrena. En vez de amortiguar el dolor, prefiere afrontarlo con valentía y servirse de él como medio de purificación.

Pero no es sólo el dolor insoportable lo que le rinde, sino la miseria fisiológica del *humus terrae* que se desquicia y pudre, lo que avergüenza y humilla al hombre pulcro, al esteta primoroso, al caballero de formas exquisitas, que en medio de su total derrumbamiento, conserva hasta lo último la percepción sensible de la belleza y la claridad mental. Ante el espectáculo repugnante y, a la vez, radicalmente humano, de los indicios de corrupción del cuerpo que se presentan al final de ciertas dolencias, Font reacciona—como otro Job—de un modo admirable, aceptando las condiciones que son esenciales de su ser con una grandeza moral extraordinaria. En sus postreras meditaciones sobre la muerte le gusta contemplar el, a su manera, soberbio panorama de su propia mutación (*vita mutatur, non tollitur*) y precisa con minucioso análisis, cómo al desintegrarse el organismo, sus componentes físicos y químicos vuelven al cosmos y el espíritu que lo anima se sumerge en Dios. Hasta que fenece, Font, siempre prócer, recubre el barro abyecto con el fulgor de su pensamiento y la belleza de su sacrificio.

A contadas personas, como a Font, les es dado doctorarse en la ciencia de bien morir. Cuando al acabar sus días, sumido en padecimientos atroces, dicta aquellas glosas sobre el «añiñamiento» y la «vuelta a los albores» de la vida, como «un fundamento de esperanza de nuestra entrada en el Reino de la Luz», la figura de Font se agiganta y adquiere dimensión de Padre de la Iglesia.

Pocas veces vimos un hombre con tan grandes ansias de morir para unirse con Dios. A los comienzos ya de su dolencia, antes de serle practicada una intervención en la que aún se abrigaban esperanzas, para probar los efectos del anestésico, el doctor le sometía a las acostumbradas preguntas vulgares, que él contestaba con lucidez, hasta que, de pronto, interrumpiendo bruscamente el hilo del diálogo, dijo: «Que mis ojos no se abran más, si no es para veros a Vos en la visión beatífica que tenéis reservada a los bienaventurados» y así quedó dormido. Frases análogas, cada vez más acuciantes, vino repitiendo en el curso de sus dos años de atormentada enfermedad, refiriéndose, siempre con su acostumbrado ri-

gor, a sus deseos de alcanzar «la contemplación intuitiva de la divina esencia» y «la participación de la ciencia de Dios», motivos cruciales en la temática de toda su carrera, que fueron objeto de sus últimos escarceos en el lecho de dolor, que dan pleno significado a su vida y ponen un soberbio colofón a su postrer destino.

JOSÉ JUAN PIQUER Y JOVER,

Secretario de la Sección del Instituto «San José
de Calasanz» de Barcelona.